

La derecha, al delirio

SANTACRUZ, Nelson.

Periodista de la Villa 21-24, integrante de La Garganta.

Contacto: lagargantapoderosa@gmail.com

Cómo citar: Santacruz, N. (2024). La derecha, al delirio. *Revista Salud Mental y Comunidad*, (16), 195-200

195

Escribir sobre "políticas de cuidados en salud mental en tiempos de descuido gubernamental" para nosotras y nosotros, como La Garganta, nos retrotrae a un relevamiento que ya en 2021 era crítico. Todavía transitando la pandemia, supimos denunciar que, por ejemplo, en el barrio Yapeyú de Córdoba había una sola psicóloga para 10 mil habitantes. En la Villa 21-24, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), que tiene más de 80 mil habitantes, tenía solo 12 profesionales de la salud mental y más al sur, en Río Gallegos, en el barrio Madres a la Lucha directamente no había ninguno. Las políticas de salud mental siempre fueron relegadas para la gente empobrecida. Tanto así que si uno hace una encuesta puerta a puerta, el 90% ni siquiera considerará que la salud mental es salud o no concibirá la idea de ir a una salita u hospital para pedir una consulta psicológica. El dolor pasa por otro lado, la urgencia en general es comer. Ese escenario de 2021, tres años después, empeoró.

La era Milei se caracteriza cada vez más por el desfinanciamiento de la salud pública, que en nuestros barrios se traduce en faltante de insumos, profesionales que vienen cada tanto o directamente faltantes de personal médico de cualquier disciplina. Los que están, están colapsados y laburan en precariedad. Pero hay un fantasma que viene recorriendo nuestros pasillos hace rato y ahora, con más miseria y negligencia gubernamental, está más latente que nunca: el consumo problemático de drogas. La libertad no avanza, el narcotráfico sí. Y con la falta de profesionales interdisciplinarios que atiendan esto en el territorio, se vuelve un combo explosivo para el futuro de nuestras juventudes.

Más allá de este “flagelo” de las drogas, ¿qué implica comer en la actual Argentina? ¿Cómo se inscribe la prensa comunitaria de La Garganta en esta situación? ¿Qué tiene que ver la salud mental con todo esto?

Voy a hacer un repaso rápido, apenas fugaz, de los puntos claves para analizar la salud mental en los barrios desde las discusiones que venimos teniendo en términos colectivos. No es sino una mirada, un pantallazo que queda corto para comprender qué pasa por nuestra cabeza, nuestra cotidianeidad, cuando hablamos del contexto en el que sobrevivimos.

Los pibes se consumen

Basta con caminar villas, como en el núcleo de Zavaleta, Isla Maciel o en los márgenes de la 1-11-14, para ver con el corazón cómo se retuerce el presente de cientos de pibes y pibas que no logran salir del círculo de la pobreza, del espiral del consumo, del bucle de la negligencia histórica del Estado argentino. No es casual que el vicio aumenta cuando al país le va mal, no es casual que haya más noticias de inseguridad cuando hay más desigualdad, no es casual que no haya perspectivas u horizontes para nuestros vecinos. “A mí me gustaba la música, yo quería ir por ahí pero ahora ya está. Para mí ya se terminó todo”, me dijo un pibe de Zavaleta este mes. Juancito tiene solamente 20 años.

La gestión libertaria acelera estas realidades. La receta para curar tanto estrago, para la doctrina Bullrich, es el método Bukele. Al clásico “cierre de bunkers” se le suma que estas semanas las Fuerzas de Seguridad echan jocosamente a enormes grupos de vecinos en cualquier lado al suelo para “inspeccionar”. Nunca hay un policía herido, jamás un narcotraficante preso, y aún peor... los presos y los muertos son chicos jóvenes de los barrios. ¿Cómo cuida su salud mental uno al crecer en este contexto? No hay cuidados.

A la violencia estructural como la falta de agua potable, falta de trabajo digno, contaminación ambiental, constantes cortes de luz, inundaciones, cloacas rebalsadas, viviendas precarias, alimentación tercerizada... se le suma una violencia estatal directa. Desde la llegada de la democracia a la fecha ya hay más de 8000 casos de gatillos fáciles por parte de la Policía en nuestro país. Sin embargo, la mano dura, la “guerra contra el narcotráfico”, no viene funcionando para mitigar ni la inseguridad ni el consumo de drogas en los pibes. La prueba está en los hechos. El concepto de “Guerra contra el Narcotráfico” viene de EE.UU. y acá lleva al menos 30 años en “acción” sin efectos estructurales.

No se puede pensar sin comer

¿Qué es el hambre? Para nosotros va mucho más allá del ruido de la panza. Pero, en orden. La mayoría de los 5 mil barrios populares que existen en Argentina presentan serios problemas de vivienda que traen consigo la deficiencia del alimento fundamental: el agua potable. Solo mi barrio, la Villa 21-24, se vio golpeada por la burocracia entre Aysa, el Instituto de Vivienda de la Ciudad y todas las obras públicas paralizadas por Javier Milei. Acá hay 65 mil personas que no tienen agua segura: sale con sabor o color dependiendo de los sectores. Del total, 27 mil son niñas, niños y adolescentes.

Las promesas de reactivar las obras están, pero son solo eso: promesas.

Hago énfasis en todos estos puntos porque el desarrollo educativo y cognitivo de nuestras juventudes empobrecidas y atacadas por esta situación, lejos de mejorar, año tras año empeora.

Es de público conocimiento que mientras todo lo anteriormente narrado sucedía en las villas de nuestro país, el Ministerio de Capital Humano tenía dos galpones con seis mil toneladas de alimentos sin distribuir para los comedores. Todavía hoy, más allá de algunos espacios religiosos, no llegó ni un paquete de arroz a los 150 comedores y merenderos que tenemos como organización. Hay un claro hambreamiento por cuestiones ideológicas del gobierno nacional, siendo Sandra Pettovello quien encarna tanta saña.

En este punto quiero detenerme, fundamentalmente, en la salud mental no solo de los comensales. La Poderosa, brazo territorial de nuestra revista villera La Garganta, cocina 40 mil platos (entre almuerzos, cenas y meriendas) al día en toda Argentina. Si coartan eso, ¿cómo se imaginan que respondemos cuando las y los vecinos vienen con su tupper? ¿Cómo la idea de hacer fila, pedir un numerito para retirar la comida, estar

frustrado sin poder tener un empleo digno beneficia a la salud mental de quien va a una olla popular?

Sin minimizar esta realidad, el hambre, insisto, es más que el ruido de la panza... es también el rugido de la cabeza. Cuando uno va a un comedor para comer muchas veces lo hace porque tiene que comprar los útiles a sus hijos, tiene que comprar una bolsa de cemento para levantar la casita o tal vez priorizar otras cosas urgentes en casa antes que comer. Si tenés que elegir entre arreglar la ducha de agua caliente para el invierno o comer, porque ambas cosas no se pueden, al existir un comedor cerca uno elige arreglar la ducha. Ahí el rol de una cocinera comunitaria es fundamental.

¿Quién se pregunta si una cocinera de un comedor tiene o no acceso al psicólogo? Ellas, que hacen “malabares” para multiplicar el pan con alimentos que no llegan, no solo cumplen ese rol de cocineras. Muchas veces, ¡también son las psicólogas de muchos pibes! Su tarea no muere en lo gastronómico, se extiende en términos culturales, sociales, económicos y políticos en un barrio. Pero nadie vela por su seguridad económica ni emocional.

Hasta el año pasado, desde La Poderosa, se ha intentado meter la Ley de Cocineras Comunitarias que reco-

nociera su trabajo y por ende percibieran un salario y otros derechos fundamentales como: vacaciones pagas, licencias de maternidad y estudios, un seguro para accidentes, un sistema jubilatorio digno, etc. Pero nada de eso salió, ni saldrá tampoco. Cuando a inicios de este año hicieron una fila de 30 cuadras en las oficinas de Capital Humano fueron recibidas con gas pimienta en los ojos.

También podríamos hablar largo de esta parte, pero me gustaría cerrar con una idea que da pie a la última parte de este texto urgente. Ellas, esas cocineras comunitarias, siendo mi mamá parte de un merendero en mi barrio, son hostigadas constantemente por los medios de comunicación. *Vagas, planeras, negras, chorras, delincuentes* son algunos adjetivos que se bombardean todos los días sobre la figura política de una cocinera de un comedor. La subjetividad argentina contra ellas es construida cotidianamente con violencia o romantización. Pocas veces es desde un costado de derecho o de empoderamiento.

Cuando comunicar se vuelve peligroso

De las 50 cooperativas de trabajo que tenemos, La Garganta, como cooperativa de comunicación de La Poderosa, es la que tuvo más resonancia. No estamos

ajenos a las particularidades económicas de la prensa actual. Se rema en dulce de leche cuando no hay incentivos estatales para la pluralidad de voces, cuando la situación país afecta a nuestros suscriptores y cuando, además, tenemos que lidiar con todo lo escrito anteriormente dentro de los barrios populares. Hoy el tono persecutorio del gobierno de turno profundiza algo que podríamos resumir en: el Estado, además de ausente, nos ataca.

Los datos del Sindicato de Prensa de Buenos Aires son contundentes y nos salpican directamente como medio comunitario: 3 de cada 4 periodistas son pobres. A esta realidad se le suma que hay una persecución caníbal de parte del Estado a la prensa porque solo a inicios de año, por ejemplo, reprimieron con balas de goma y gases a más de 30 periodistas, entre ellos un compañero nuestro, que cubrían diferentes manifestaciones en contra de la Ley Ómnibus. Los números no se quedan ahí: el 50% de los que construimos en medios autogestivos subsistimos con otros empleos que no son de prensa.

Por su parte, los jóvenes periodistas que tenemos menos de 30 años en un 96% también somos pobres. El 76% de los trabajadores relevados afirmó que fueron atacados virtualmente al mostrar sus notas o conteni-

dos. Este es un punto que me interesa destacar como consecuencia del trabajo que realizamos todos los días en medios públicos y sobre todo en la prensa independiente: hay un 42% de periodistas que expresaron síntomas constantes de ansiedad, un 13% depresión y un 8% tuvieron ataques de pánico.

Trabajar con el hambre, el gatillo fácil, los femicidios, manifestaciones, represión y muchas otras noticias similares expone al periodismo comunitario a muchas instancias de violencia. Y si a esas secuencias cotidianas de noticias crueles se le añade no llegar a fin de mes, y los ataques físicos y virtuales del Estado, se arma un combo peligroso para nuestra salud mental.

La comunicación territorial, desde nuestra óptica, reúne todos los puntos que tratamos de sintetizar en este texto. Hay mucho más, y a medida que uno se adentra en Argentina, lejos de las grandes ciudades, puede encontrar muchas más desigualdades y más Gargantas tratando de narrar nuestro tiempo. El desafío es grande, pero para empezar a transformarlo tenemos que dejar de entender a la frase de “los últimos serán los primeros” como un eslogan. De este gobierno, así como gestiona, uno no espera nada. El buen vivir, en una democracia democrática -alejada de esta falsa democracia-, tiene que priorizar la salud mental de quienes

menos tenemos para que nuestro rol social, económico, cultural y político funcione. Somos la porción más productiva de Argentina, somos quienes más consumimos en el mercado interno, y somos hoy el 55% que está debajo de la línea de la pobreza esquivando balas de goma y al libre mercado que con una Ley de Bases aterrizará con fuerza estos tres años y medio que quedan de Milei, en detrimento de nuestra salud.

Otra vez: las villas, los barrios urgentes, necesitan ayuda. Todos lo necesitamos, y si no podemos contar con el Estado, ¿con quién si? Con nosotras y nosotros mismos. Un abrazo, un mimo, una Argentina que no puede perder el terreno de la ternura.

